

Luis Merino Reyes

## Ultima Guarnición



L pueblo impresiona por la suavidad de los lomajes, por su cielo diáfano al otro día de las lluvias y por su apariencia opaca, propia de sus construcciones de madera. El aseo de la ciudad lo efectúan unos pájaros negros, que se posan tristemente en los techos de las viviendas, próximas a la ribera del río. El tiempo, generalmente despiadado, se presume por la dirección de los vientos. Si éstos corren del norte, muy pronto llueve; si son de travesía o del sur, el cielo se despeja de los más hoscos nubarrones, y brilla un sol que purifica la frescura del aire helado. Diariamente, ensillan mi caballo y lo traen hasta mi cuarto. Como hay poco que hacer, monto feliz y salgo a disfrutar de la belleza de los caminos. En las tardes calurosas, llego hasta una zona en que el río corre agreste tras las frondosas posesiones de los grandes hacendados. Allí descubrí un grupo de muchachas que se bañaban, deseosas de enseñar sus aptitudes acuáticas; el agua decoraba, en forma graciosa, sus cuerpos ennegrecidos por el sol. Todas se interesaron por mi

presencia, en bien enjaezado caballo y con esbelto uniforme. Yo les hablé sencillo y jactancioso, y regresé al cuartel con una ilusión fomentada por mi naturaleza. Una de aquellas mozas es hija de un hacendado bizco y patizambo, que a formado su riqueza a palo y robo, especialmente corriendo las cercas limítrofes de los indios. El otro día ella me esperaba en las pircas de su tierra. Me habló, desde lejos, con un lenguaje lleno de evasivas, con sus ojos astutos y brillantes, cargados de voluptuosidad y sabiduría campesinas. Es morena y pequeña, tal vez menos hermosa de lo que yo la imagino, y sus preguntas bordean siempre el mismo tema: la volubilidad de los oficiales de Ejército y la belleza de la capital, de donde yo provengo. No habla de oídas, porque una vez cada dos años visita el norte, con toda su familia y, naturalmente, lo hace a gran derroche. Puede que yo me ilusione en la virginidad de sus afectos. Desde hace varios años, a un oficial joven lo acosan las mismas experiencias, y él luce la pueril vanidad de un guerrero en tierras conquistadas. La moza es pequeña y muy joven, sin esa mogigatería de su amiga Sabina, siempre inmóvil sobre su labor, en los corredores de su casa frente al sendero, hablando de su muerte juvenil como una heroína de novela.

La calidad de mis camaradas del cuartel hace contraste con estas aventuras, solamente mías, que alegran la inquietud de mi espíritu. Al regreso por los caminos angostos, junto al margen de dos lejanías de verdura, cuyo tope visual, lo forma el lomaje amarillo, me re-

cibe la ciudad. Antes, debo atravesar la línea férrea que, para mí viene siempre del norte, donde me vigila y aguarda mi hogar, ya deformado por mi fantasía.

En las noches, los oficiales beben y juegan a la baraja con los amigos civiles y con esos parásitos, sin techo, que llegan el día menos pensado. Después, bailamos en el cabaret de la ciudad y, al amanecer del otro día, ya es necesario vigilar las instrucciones con los ojos picantes de sueño. Pero los suboficiales son buenos inquilinos, carentes de ambición, sanos burgueses, cuya práctica en los ejercicios salva nuestras cabezas fatigadas de sueño y alcohol. Sin decirles nada, alinean las barcazas, y, con nosotros situados en las popas, para dirigir el compás de la boga, surcamos las plácidas aguas del río.

Entre mis compañeros, soy amigo de Balín, el visitante asiduo de mi cuarto en las horas de madrugada. Habitualmente, llega con un vaso grande de vino que yo debo beber en su compañía. Entonces, recuerda a su novia, una mestiza alemana a quien denomina Llamita y, murmurando este nombre, me obliga a empujar el licor, que él decora con su anillo de compromiso, náufrago en el fondo del vaso.

\* \* \*

Me he retratado vestido de gala, hoy, que nos visitó el príncipe. Creo que resulté magnífico con mi gran capa, abandonada sobre los hombros. Me desilusionó mirar la fotografía que aparece opaca, y delata

mi pelo largo y mis pantalones demasiado angostos sobre los zapatos. El príncipe inglés llegó al pueblo en esta tarde brumosa, cumpliendo una visita comercial. Los oficiales lo esperamos en el andén, formados en una fila, con el comandante a la cabeza. Su figura la imaginábamos con precisión, porque es un hombre mundialmente divulgado. El tren estuvo inmóvil casi una hora, antes que el príncipe asomara su cabeza de desordenados cabellos rubios, y sus ojillos como partículas de zinc. Vestía sencillamente, y caminaba con sus zapatos de piel, inclinando la cabeza sobre el hombro en un gesto de espontáneo desenfado. A todos les dió la mano con parca cortesía, menos a mí, que formaba entre los últimos. Acompañado por el gobernador del pueblo, que improvisó un sonoro y jactancioso inglés, se fué a la isla en busca de soledad. Pero las autoridades trajeron desde el sur una espléndida banda de músicos, con orden de distraer al príncipe en la hora de comida. El príncipe inglés soportó solamente una pieza de música. Al regreso la banda se hundió en el lago que rodeaba la isla, y se ahogaron todos sus hombres, algunos cogidos por sus instrumentos, y otros inmovilizados por sus mantas de agua. Una delegación de soldados buzos salió a rescatarlos, y el primero que afloró en la superficie fué el corneta Grab, un muchacho hijo de teutones, fugado de la casa paterna por la fascinación de la banda militar.

En el centro del patio del cuartel, diviso al teniente Campana. Viene caminando con las piernas muy abiertas, embutidas en sus botas de tacones altos. Se emboza en la capa de una manera caballeresca. Para no sacar las manos del bolsillo de sus pantalones, con tan intenso frío, abrió en la capa un agujero, a la altura de su boca y por allí asoma su cigarrillo encendido. Es el más antiguo de los oficiales que viven en el casino y, aunque es muy joven representa más edad, por sus modales de hombre fatigado en los placeres. Con frecuencia se enamora de las mujeres más feas y a ellas les escribe inmensas cartas de amor. Al divisarme inmóvil sobre el barro y la escarcha, me saluda desde lejos, exagerando el volumen de su gruesa voz. Yo correspondo a su venia con señas parcas, que revelan una comprensiva y viril intimidad. Sin embargo, desconfío de sus palabras. A pesar de sus modales rotundos, es un individuo envidioso y desleal. Si quiere hacerse simpático a un jefe, no le importa murmurar de sus compañeros, delatando así el desprecio con que los mira. Es posible que sea un hombre tímido. Nunca asiste a las fiestas sociales; se queda en el cuartel, y luego hace alarde de su espíritu casero. Está en la conciencia de todos que será expulsado del Ejército; arribó a la ciudad, cargado de deudas y aquí las aumentó locamente. Opina que las deudas deben crecer hasta perderse de vista. Recién venido, se dedicó a murmurar de su anterior comandante, pero cuando éste llegó de visita a la guarnición, lo recibió con exagerada

amabilidad y hasta brindó por su ventura. Quien desea descomponer sus hábitos se arrima a su persona. Así le sucedió al veterinario, un hombre gordo y chico, con cara de «guagua» y bigotes muy negros, que venía dispuesto a vivir en el hotel principal y a vincularse con la mejor clientela agrícola. Después se trasladó al casino, a ocupar el más humilde de sus cuartos, sin más ejercicio profesional que la vigilancia rutinaria del ganado del cuartel, y más intención científica que armar el esqueleto de un caballo, muerto de vejez. Campana logró sugestionarlo en su dominio y en su afición por las más locas cabalgatas. El buen Sancho, se dió más de un golpe con sus fofas carnes, incapaces de conducir una bestia. Entonces Campana hizo burla de su amigo forastero, que al fin era un civil de mala clase, injertado a nuestro ambiente militar. Le bautizó con el nombre de Panzus y en cualquier conversación lo popularizaba diciendo: —Me encontré con un «veterinario» que no logró entenderme, y hacía un sinónimo de la profesión de Panzus con la necesidad. Fatigado Panzus, de mis persistentes bromas, del mismo estilo, hiriente imitación de las que soportaba a Campana, me amenazó pistola al cinto, con matarme, y habría consumado su deseo si yo no me revisto de una despectiva tranquilidad.

Ahora Campana se me aproxima muy amable y trasluciendo su inquina en la línea de sus ojos pequeños, me dice:

—Alguien me habló de Ud. Se ríen de su amor

por Juana. La consideran excesiva mujer para Ud. Hasta insinúan que Ud. está cebando el mate para que otro se lo tome.

Yo guardo silencio. Es tan notable su bajeza que infunde una tensión pasiva y rencorosa.

—Es claro que yo lo defendí, continúa Campana.

Me ofrece un cigarrillo, extraído con dificultad del fondo de su capa, que enciendo en la lumbre del suyo.

Pienso en Juana, la blanca muchacha de ojos verdes, tan desprestigiada en el pueblo por su hermosura y ligereza moral. La primera vez que salimos de paseo por la obscura alameda, vecina a la parte urbana de la ciudad, nos distinguió un grupo de mozos del pueblo y se pusieron a gritar, desde un automóvil en movimiento:—¡Juana! ¡Juana! ¿Qué haces allí, Juana? Yo apreté los puños teatralmente, todavía sin deseos de defenderla, y, pasada esta impresión la besé con furia, sentados ambos en un pequeño y duro escaño del paseo. Después me acompañó al casino y mi inexperiencia malogró la sencilla pasión de la entrevista, haciéndola más espectacular y estéril. Era francamente hermosa, quizás si demasiado frágil. Tan blanca que vista al sol se le encontraba lechosa y manchada de pecas. Yo la visitaba de noche, bajo la luz de su saloncito provinciano, de nebulosos contornos. Allí acariciaba su busto ceñido por una vieja chomba. Esta delicada intimidad me impedía replicar a las corrosivas impertinencias de Campana. Pero el teniente Domingo, un curioso sietemesino, muy informado de mi intimidad,

que llegó a la guarnición por castigo, le incrusté la punta de mi sable en sus muslos, por una injuria directa, lanzada sobre el nombre de Juana. Por fortuna ambos se fueron pronto. Campana expulsado del Ejército y Domingo a reconocer la cordillera. Campana gritó, desde el último vagón del tren que lo llevaría al norte, vestido con el traje civil que le compramos entre todos:—Me voy a la guerra del Chaco, adiós para siempre, desgraciados...

\* \* \*

Mi jefe inmediato es el Capitán Bordón, un buen alumno de la Escuela Militar que se ha mantenido incorruptible. Los compañeros me compadecían por haber caído en su dominio. Nunca le falta un pretexto para trabajar y exigir sabiduría y eficiencia. Así sucedió cuando condujo una barcaza por el curso más accidentado del río, rodeado de compacta vegetación. El motivo del viaje no era de índole militar, debíamos transportar un ingeniero, de ropas blancas, que se encaramaba por los faldeos, como un gato de ojos rojizos y voz gangosa. Yo admiré a ese domador de las pavorosas matemáticas. El Capitán Bordón se quejaba ante nosotros, sus más íntimos subalternos, de la incompreensión de sus compañeros de igual grado. El resalta por su método de vida, sin más distracción que los pormenores del servicio y los paseos con su esposa, pálida y enorme debido a la preñez.



—Estos imbéciles creerán que me llevo acariciando a mi mujer, me dijo, una vez, congestionado por la ira. —Observe Ud., su flojera y su ignorancia. Yo no puedo ser un adulón y me limito al cumplimiento estricto de mi deber.

En realidad, es opuesto al Capitán Caracol, por ejemplo, que, en la caldeada hora de la siesta se duerme bajo un pimiento, con el cuello de su blusa abierto, resoplando como un voluminoso agonizante. Pero los otros son más astutos y, aunque trabajan menos que Bordón, en la monotonía de los días rutinarios, brillan en las revistas porque saben improvisar su añeja teatralería. El Capitán Bordón me hostilizó, recién llegado, por mis frecuentes atrasos y por mi frivolidad, sin disimulo, en los actos del servicio. Una vez me perdonó por mi lenguaje aparentemente franco —Me siento muy enfermo, le dije mirándole en los ojos. Debí inyectarme una medicina y no he dormido.

Yo había conversado la noche entera con Balín y el ayudante, en el comedor del casino, pero Bordón me escuchó paternalmente y me ordenó que me fuera a descansar. Agradecí su rasgo generoso, lanzándome al río, una noche que regresamos con fuerte lluvia y viento, en una balsa cargada de madera, extraída del curso superior de la vía fluvial. Con el agua helada hasta la cintura, grité a los hombres que me imitaran, y ninguno eludió la orden. Forcejearon conmigo hasta que la barca salió del bajo fondo que la retenía. Antes de este rasgo, corría de mano en mano una catimplora de

aguardiente, que se mezclaba a las gotas de lluvia, sabrosas a cuero porque las destilaban nuestras gorras impermeables.

\* \* \*

No sé si estimo a alguno de mis compañeros. A veces considero un buen amigo al ayudante, un burgués que se ha vinculado con la aristocracia del pueblo, por una condescendencia, peculiar en él, hacia todo lo que provenga del ambiente civil. Su novia es hija de un hacendado de la región y su situación, de interés creado, le acarrea naturalmente beneficios. Cuando nosotros, los díscolos, nos aburríamos en el cuartel o bebemos lo necesario para distraer el tiempo haciendo locuras, él visita a sus amistades o monta un magnífico caballo, regalo de su suegro. Es un sujeto metódico que fuma un cigarrillo después de las comidas, tapa él mismo su botella de vino, a medio gastar, y marca la línea de su contenido. Lo enojan las disposiciones que pasan de un acento medido, y murmura entre los paisanos de nuestras bribonadas, porque ellos lo consideran un oficial de lujo, un intelectual, a pesar que nunca ha leído un libro, aparte de sus lejanos textos escolares. Pero es un hombre de tacto que sabe hacerse agradable, necesario a las confidencias por un discreto cinismo, muy espontáneo en él. A mí me insinuó reservadamente:— Es mejor que Ud. varíe su conducta. Ayer me dijo el comandante, yo no quiero perjudicar a este niño, pero

tanta locura cansa al fin. Si no está dispuesto a rectificar sus hábitos, insinúele Ud. que se vaya.

Yo enmudecí. Fué la suya una hábil lección que no olvidé, pero la deslealtad de mi amor propio me llevó a murmurar con su mejor enemigo, el teniente Jarruel. Este hombre color greda y repleto de grasa, se lanzó con hermosa bestialidad, a renegar de mi creciente consejero. Mientras conversa, escupe o raspa el fondo de su nariz en forma desagradable, su habla es delgada y burlona como la de un hombre del pueblo, subrayada por el gesto peculiar de su brazo inválido.

—Es un cursi, me dijo. Antes le hacíamos la vida imposible. Hablaba solamente del Club y de sus fiestas con los paisanos.

—Además carece de cultura, exclamé prosiguiendo mi espontánea traición. No se puede comparar con Ud. en el dominio de las matemáticas.

—Es un ignorante, repuso Jarruel. ¿Recuerdas que en la última academia de oficiales no supo dividir?

El teniente Jarruel es un diestro en materia de cálculos, y oculta su rápida comprensión bajo modales indecisos de rústico comerciante. Sólo alentado por la ira es impetuoso como jabalí. Es el único de los oficiales solteros que no aloja en el casino, porque vive amancebado desde hace varios años, con una mujer flaca y fea.

En nuestra visita al secretario del Alcalde, un intelectual de provincia, orgulloso y modesto a la vez, armamos un juego de naipes, entre Jarruel, el secreta-

rio, su mujer y yo. La dueña de casa era gorda y morena sin ningún atractivo, pero Jarruel se chanceaba con ella, burlándose de sus equivocaciones en las jugadas. La mujer replicaba broma por broma, dilataba la tinta de sus ojos, parecidos a los de una oveja mal querida. Yo me apartaba, al paso de mi vanidosa imaginación, de esta escena y volvía a ella como un cadáver que pudiera accionar sus fríos modales. De regreso al cuartel, por la acera negra de lluvia, que ampliaba el sonido de nuestras espuelas, Jarruel me dijo:—¿La observaste? Después encendió un cigarrillo, expulsó su habitual salivazo, y dió a su marcha una velocidad gozosa y acompasada.

No entendí claramente el sentido malicioso de su pregunta, pero no me extrañó que, al poco tiempo, Jarruel invitara al casino al secretario del Alcalde y ambos se embriagaran hasta besarse, como si vivieran un idéntico amor.

\* \* \*

Los días de elecciones el comandante asume la totalidad de su poder. En las grises labores cotidianas le place mimetizarlo en una actitud discreta, siempre juiciosa, que rompe la petulancia de los sabios improvisados. En la preparación de las elecciones el pueblo no logra conmoverse, a pesar de los malabarismos verbales de los tribunos venidos de la capital. El día del acto, los hacendados llevan a sus inquilinos en grupos dispersos, de íntima ligazón; pues todos se conocen por

las caras y obedecen a su dueño. En otros años las ideas se enfrentaban con disparos y surgió un bandido de linaje, que luego de cometer un espectacular asesinato se ocultó en un edificio en construcción. Allí fué aprehendido cuando agotó su última bala. En la actualidad, nosotros, los oficiales somos responsables del orden en las mesas de sufragios y cumplimos los mandatos de los presidentes. Algunos de ellos son mestizos alemanes que confiesan su honrada ignorancia de los términos legales. En la última elección, un hombrecito comunista, semejante a un triste sacristán, me dijo con mucha suavidad:—Por ahora hemos obtenido pocos votos, en otra ocasión, ganaremos más.

El mismo día, el Capitán Bordón amenazó con apresar al hacendado patizambo, padre de la hermosa bañista, y éste enfurecido por el vejamen, suplicó la expulsión del Ejército, del Capitán. Sin embargo, el asunto se limitó a una reprimenda del comandante.

—La cabeza se usa pensando, afirmó éste, con voz dura, en presencia de los oficiales reunidos, no sólo es útil para llevar la gorra.

—Yo asumo la responsabilidad de los hechos, exclamó el Capitán Bordón, y respondo, con el puesto, de mis actos.

—No basta responder con el puesto, dijo el Jefe con sombrío desprecio. Las situaciones deben resolverse hábilmente, en su oportunidad.

El Capitán Bordón enrojeció, desesperado como un niño, mientras el auditorio se alegraba interiormente,

en especial el teniente Jarruel, que tampoco soporta la mística militar de Bordón.

\* \* \*

Hoy, que hace un día luminoso y frío, he recorrido, imbuído no sé por qué tristeza, los parajes del pueblo, inmóviles bajo el cielo diáfano. Solitarias están sus calles de suelo oscuro, siempre húmedo, y vacías sus casas de madera gris. ¿Qué hacen sus habitantes a estas horas? Desde algunas huertas se oyen disparos de armas cortas. Son los vecinos que se alistan para defender el tesoro de su propiedad ante la amenaza de una revolución. Hasta el Capitán Concha, desde hace tantos años en retiro, que sólo va al casino a beberse un trago de cerveza y a saborearla, como un apetecido néctar, vistió uniforme el día en que desfilaron las reservas. Todas sus prendas eran prestadas, pero lució una voz de mando grandiosa y una altiva emoción que todos le desconocíamos. Su ser íntimo estaría muy lejos del motivo de la formación, porque seguramente el resguardo del orden es un asunto que no lo agita. Yo, en cambio, soy un hombre de orden, y estoy con los que golpean más fuerte. Anoche nos anunciaron que iban a saquear la Gobernación y formé toda la tropa disponible del cuartel, menos un músico que se lanzó al suelo llorando, a la vez que invocaba el nombre de su mujer y de sus hijos. Por fortuna no fué indispensable salir a defender nada. En otro caso lo habría sancionado en forma bárbara, apareciendo heroico ante la

atmósfera civilista de los leguleyos del pueblo. Desilusionado por tan súbita calma, me encerré a escribir en la sala de guardia. Muy tarde aparece Juana. Ella no teme ser sorprendida visitando el cuartel sola, en las horas en que estoy de guardia. El soldado me anuncia su presencia con una mirada maliciosa. Ella se ve muy bella, alba bajo su paraguas diminuto, que apenas la protege del fuerte chubasco. Me besa intensamente con su boca demasiado húmeda. La conduzco por las oficinas desiertas y la palpo con esforzada angustia. Reclinada sobre el escritorio del ayudante oprimo sus miembros blandos, cuyo calor recogido por la fría atmósfera irradia un ácido olor a ropa transpirada. Sé que murmura de mis caprichos, que me acusó de ladrón por no ir a verla, ni restituir su anillo de recuerdo que ella misma puso en mis dedos. También me atribuyó jactancias por su amor fácil, pero, es, al fin, una mujer que llega hasta mi cuarto y allí se niega, en el último instante, con una pasividad que ahora soy capaz de vencer.